



## La bicicleta

Luis Ángel Curbelo Rodríguez



Sometido: diciembre, 2011  
Aprobado: diciembre, 2011

*“¡Todos los hombres son unos pendejos!” -decía mientras se abrochaba, uno tras otro, aquellos mahones, uno de cada marca de los que anunciaban en la televisión. ¡Cómo los engañamos cuando nos ponemos estas mierdas bien apretás...y como a una se le marca to’, ellos se vuelven loquitos con la envoltura! ¡Este es el mejor invento de los americanos! ¡Claro pa’ nojotras...porque a los hombres se los deben prohibir después de los 40, hasta chumbos se ven! ¡A las mamis como yo, que mucha carne nos dan los mahones... Coño, con razón Leti, La Flaca, se casó con aquél jevo de Bayamón y no se lo dio hasta que se casaron... ¡Qué jodona! ¡Con razón compraba los mahones en vanes! -hablaba sola, como siempre, con aquél espejo manchado por la humedad, por la saliva gastada en vano, porque de ese cuarto de veinte pesos por día no saldrían ninguno de aquellos pensamientos. Hasta el eco se había ido de allí, aburrido, jodido de tanto repetir las quejas y las ilusiones de tanta alma solitaria.*

*¡Siempre la misma jodienda! ¡Que si que muchas estrías tu tienes, mami ...que si veinticinco y diez, que si este hotel no... que si... ¡qué joder! ¡Si hasta pa’ un polvo regatean! ¡Ya estoy jarta! Uno de estos días me voy a ir pal carajo y no me van a ver ni el pelo! -gritaba con un desesperado deseo de que alguna hada madrina de cuartos baratos*



la sacara de aquellas cuatro paredes tan reales como el mordisco de placer morado posado como un tatuaje en su cuello. *¡Un jiqui! ¡Ese cabrón me marcó toa, mira pa'llá!* -se decía a ella misma a través del espejo, mientras sus dedos exploraban poro a poro su pecho, sus senos y su cuello buscando los rastros del ultimo cazador de caricias de la noche anterior. *“Me tengo que pintar estas uñas. Las tengo como fregona de caserío y las medias lunas ya parecen soles de tan amarillas que las tengo...”*.

El espejo reflejaba los pequeños frascos de esmaltes, como unos quince en total, que se multiplicaban ante su vista y le daban la sensación de que tenía todos los colores del mundo. *“Una mujer no tiene nada si no tiene quiutes”* -pensaba como un comercial inventado por ella, como si esa chispa creativa le pudiera abrir las puertas del estrellato publicitario uñilabial y de un golpe le cambiara esa vida que llevaba. Pero vana esperanza si pretendía que su cara y su cuerpo se hicieran famosos, porque con la suerte que tenía a lo mejor salían en el comercial nada más que sus uñas, porque hasta su voz era chillona, como “la flauta de Pacheco”. También tendría que volver a cambiarse el nombre. Ya no usaría “Geny”, su nombre de batalla, porque todos en su “ambiente” la reconocerían. Ese nombre lo repetían en cada estampado de las sábanas de cada hotel y motel visitado, en cada suspiro repetido hasta el clímax, miles de veces, miles de noches en miles de sueños. Había que conseguir un nombre lindo, ya que después de haber visto en la televisión tanta gente bella con nombres hermosos (hasta los feos de la televisión tenían nombres atractivos) no podía usar su nombre de pila, desgracia del destino y del almanaque Bristol.



*¡Solamente a mi pai se le ocurrió ponerme el nombre más cabrón de la tierra!*  
*¡Mira y que ponerme Efigenia! ¡Con razón la mai mía, que es la mujer más pendeja de la*  
*Tierra y tan pendeja con él, se le vomitó en el acta de nacimiento cuando él le enseñó*  
*como me increbió!* -sonreía por primera vez en mucho tiempo y lo hacía con una dulzura  
endurecida, casi imperceptible, que ella misma no notaba. El recuerdo le trajo a Pablo  
Emilio, el primo que nunca olvidaría, el que por primera vez le daría un cambio  
significativo a su vida. Recordaba como había llegado de Nueva York con un nombre  
fabuloso: Paul. Pensaba como sentía que aquel nombre lo hacía más guapo, más alto,  
como ese actor de novelas del canal dos. “*Bueno, Pablo, -digo, Paul- metía un ojo, pero*  
*en lo demás eran idénticos*”. Paul comenzó a llamarle “Geny” y eso “la volvía loca”, y la  
hacía sentirse como una estrella de películas americanas. Paul le traía un pedacito de  
Nueva York en el nombre que de ahora en adelante usaría, el que de una vez acabaría con  
tantos años de vergüenzas y sufrimientos cuando la llamaban Efigenia.

Fue por ese entonces -cuando Paul la llamó “Geny”- que por primera vez sintió  
una sensación extraña recorriéndole el cuerpo. Estremecimientos, escalofríos, calenturas  
y un deseo inmenso de tocarse entre las piernas. Cada vez que Paul le cantaba su nuevo  
nombre -*¡Tan rico en ingles!*, exclamaba y sonreía- se le erizaban todos los vellos  
quinceaños y entraba en una especie de éxtasis febril que para ella no tenía explicación.  
“*Estos quiutes coloraos ya cansan*” -decía molesta con las uñas, con el color, con toda  
esa película pasada por el cine de su recuerdo. Y ese día que Paul le enseñó a fumar  
aquellos cigarrillos finitos insistiéndole que no botara el humo porque aquel humo era



caro y que “iba a gozar de lo lindo”. *Con la sorpresa que me tenía... ¡Cómo me singó el hijoeputa!* -sonrió con una deliciosa mezcla de amor y de odio, la mezcla ancestral de la humanidad, separada por ella en amor por primera vez y en amor por miles de veces, amor que se había desgastado en cada hombre que conocía y que le susurraba al oído su nombre con saliva, con lascivia en el oído. Cada vez su nombre le parecía, le sonaba más lejano y le daba repugnancia después de cada cita. *“Me las voy a pintar de verde a ver de que manera cambia esta jodía suerte que tengo, después de todo dicen que el verde es el color de la esperanza y de eso es que vivimos los jodíos...”*

Se envolvió en unos pensamientos tan profundos, silenciosos e íntimos que apenas yo, narrador omnipresente, la podía percibir entre aquellas cuatro paredes donde nos encontrábamos. Ella pensaba en la alegría que le producía aquel color. Nunca antes lo había visto más bonito y lleno de vida, más infantil y anhelado, como cuando pidió aquella bicicleta que vio en un catálogo de Sears que encontró en un safacón del vecindario. Su papá le dijo que los Reyes se la traerían verde, de un tono verde-espéralo. La bicicleta nunca llegó. En cambio llegó una muñeca más rubia que Marilyn Monroe y Charityn juntas. *“Esa Navidad fue cuando Paul y mi tía se fueron a vivir a Nueva York”*.

*“El tiempo pasó tan rápido”* –pensó mientras agitaba las manos para que las uñas se le secaran con el viento y parecía una gaviota cansada tratando de levantar vuelo. *“Ay, Virgen, déjame bajar a comprar un listic antes de que se haga más tarde y cierren la farmacia”* -acción y pensamiento a la misma vez que cartera en mano- *“que esta noche*



*va a ser una inolvidable*". La tarde ya comenzaba a retirar la gente de la calle, cada cual a cambiar el "mood" para siguiendo el estado de ánimo saber a donde dirigirse.

Al doblar la esquina de la farmacia, justo al lado, en la mueblería "La Niña del Ojo", la vio; idéntica a la del catálogo, pero más verde, más real. Se quedó mirándola como la primera vez, cuando todavía tenía ilusiones. "*Mañana la compraré*" –dijo, y una lágrima apareció, pero su mano fue más rápida y no la dejó alcanzar la mejilla. Esa noche tuvo cuatro citas, como siempre, con caras que al otro día no recordaría. Sólo una cosa ocupaba su mente. No podía dejar de pensar en aquella hermosa bicicleta, la real, la que no estaba en un papel sino en una vitrina, y no lo podía creer. Lo único que la separaba de ella era un cristal, un simple y frágil cristal, tan frágil como su corazón roto cuando no llegó la Navidad, cuando Paul y la tía se fueron a Nueva York. La separaba de ella una larga noche, la más larga noche desde que llegó a San Juan. No quería amanecer. *¡Coño...! ¿Qué carajo me pasa? Esa jodía bicicleta se me ha metido entre ceja y ceja y no paro puñeta de pensar en ella!*

Con la mañana llegó a la hora de abrir la mueblería y sin cruzar palabra alguna se dirigió donde estaba ella. Toda verde. Verde como sus uñas. Uñas que se acercaban con todos los dedos a tocar acariciando sus formas. Primero el manubrio, suavemente, con ese frío de algunos que habían pasado por su vida. Después ese tubo bajando, que distinguía el sexo de las bicicletas, hasta alcanzar los rayos plateados de Afrodita y, luego, -¡Quién lo iba a creer!- ¡Tenía sus propias estrellas!



Tocando, mano lenta pero segura, acarició largamente el sillín. Tocaba su sueño. En un arrebató inexplicable pagó la bicicleta. Preguntó si la podía correr y sin escuchar la contestación, sin haberse montado alguna vez en una, salió en ella, calle abajo, a pleno sol y ante la mirada de curiosos, asombrados y hasta indiferentes, su piel fue cambiando, su cuerpo comenzó a temblar, a sentir aquella misma sensación cuando Paul la llamó “Geny”, cuando deseó algo con toda su intensidad, y en plena calle gritó el nombre de Paul y el grito le desgarró las entrañas.

